

SOY UNO DE LOS VUESTROS...

Por fin, ¡lo habéis logrado! Ya me tenéis, a mí, a la persona convertida en monstruo para, de esta manera, justificar vuestra supuesta rectitud moral. Sí, en efecto, me tenéis, y también ya lo tenéis: la aberración de la naturaleza capturada y castigada, el símbolo de que el sistema funciona y que la vieja división entre buenos y malos todavía pervive y funciona.

Me juzgáis y llamáis monstruo, pero yo soy parte de vosotros. Hasta hace bien poco yo era un tipo simpático, un trabajador ejemplar, un gran amigo, un buen padre y marido. Hacía todo aquello que define a un buen ciudadano: trabajaba, consumía, votaba, de vez en cuando viajaba y, sobre todo, disfrutaba tranquilamente de la vida sin preocuparme más que por mis pequeñas ocupaciones diarias y sin meterme en lo que no me llamaban. Igual que vosotros. Era un buen ciudadano y como tal me respetabais, pero al quitarme la máscara de la normalidad apareció el rostro de la barbarie, ésa que jamás queréis ver pero que todavía sigue ahí, en vuestras casas, en vuestros supermercados, en vuestras oficinas, en vuestra sociedad.

Era un buen ciudadano, pero también un cabrón, un sádico, un violador, un asesino. Un ángel y un demonio. Ahora os doy miedo y asco. Me odiáis. Soy vuestro pecado y vuestra coartada, el incómodo rostro de la depravación que debe ser encerrado o asesinado legalmente para que el mal se aleje de vuestras vidas. Soy la deshumanización de lo humano, el error mayúsculo, un accidente anti-natura frente a vuestra cacareada normalidad y decencia. Soy la perversión que surge donde no alcanza a mirar la ley que vela vuestro sueño. Soy la letra pequeña del contrato que habéis firmado con la-sociedad-más-civilizada-del-mundo.

Me odiáis porque represento todo aquello que calláis en vuestra vida diaria, todo aquello que hacéis como si no existiese: la arbitrariedad del poder, la humillación, la soledad forzada, la incomunicación, la explotación, el dolor, la tortura, el encarcelamiento, la brutalidad, el asesinato, la muerte. Hacia el exterior era un modelo de honestidad, pero allí donde no había testigos me convertía en una bestia implacable e insensible. ¿Qué sentido tenía para mí la piedad si se trataba de satisfacer mi placer? ¡Juzgadme! También os juzgaréis vosotros mismos. Soy vuestro reflejo deformado. Soy Eichmann y vosotros sois mis hijos. Soy el crimen necesario para que vuestra rutina no se altere. Soy la violencia sancionada por este mundo. Soy lo que no queréis ver: soy el fósforo blanco cayendo en Gaza, soy la dominación de una elite económica y burocrática, soy la represión y medicalización de la vida, soy la humillación y violación diarias, soy el avance irrefrenable de lo que llamáis progreso.

Vuestra única salida a este atolladero es analizarme, psiquiatrizarme, designarme, clasificarme, explicarme como desviación y, finalmente, ocultarme. Borrar mi humanidad desfigurándome. Rociarme de ácido. Encerrarme y apagarme. Transformarme en un personaje de telefilm. Exorcizarme. Amputarme cualquier rasgo humano con el que poder identificaros, hasta que ya no sea uno de los vuestros. Hasta que podáis volver a vuestra rutina y olvidaros de mí. Nunca llegaréis a comprender mi existencia o quizás es que no queréis hacerlo.

Y todo para que continúe la ridícula farsa que sostiene el mundo, aquella que define lo normal de su contrario, que se protege de mí pero no de sí misma. Ya me tenéis. Sí, ya lo tenéis. Fui, y todavía soy, uno de los vuestros.